

sante, hice el sacrificio y me retiré espontáneamente, teniendo hasta que mentir, si señor, mentir, porque pretesté ocupacion y que sé yo cuantas cosas mas.

¿Que mas se le puede pedir á un caba lero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro..... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí..... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ahl entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.

CPIMULO IV.

LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE PENSABA DON MANUEL.



UCHO tiempo estuvo callado Don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendi- da de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio de la verdad debe- decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo Don Manuel, que como hemos visto estaba sobre la malicia, pudo notar nada forzado ni inverosímil en todo lo que hizo Lola.

En esta materia, cada muger vale por diez Zubietas, y

con respecto á Lola en lo particular, debemos añadir que nadie le ganaba á tener letra menuda.

Hubo por fin de estar sola y exclamó:

—¡Hasta que descansé!

Entremos á cuentas.

Mi marido se ha encelado á los seis años de casado. Está visto, la virtud es una cosa cosa muy difícil: he aquí mi fidelidad modelo, mi fidelidad rara, mi consagracion absoluta, mi sacrificio en fin, dándome resultados contraproducentes.

Juzgarme á mí capaz..... á Zubieta capaz! vea usted á quién, á la finura personificada, al mas leal de sus amigos. ¡Ay, si yo le dijera, exclamó Lola apretando los dientes, si yo le dijera lo que son sus mejores amigos...! pero no, es necesario no ser cruel, acabaria yo con sus ilusiones y tendríamos que aislarnos. Una amiga mia que tiene mucho talento, me ha dicho que ni todo se debe decir ni todo se debe callar. En todo caso esperemos, porque al fin, tiempo tenemos para todo, tal vez mi marido reflexionará y hasta llegará á arrepentirse de haberme ofendido; sí, porque es una ofensa la que me ha hecho. De todos modos vendremos á una explicacion y ie diré sencillamente lo que ha pasado, al fin tengo mi conciencia tranquila.

En cuanto al señor Zubieta..... ¡oh! lo que es Zubieta ha tenido un mal rato, el pobre de Zubieta es un hombre muy pundonoroso y ni por la imaginacion.....no, en cuanto á eso, las mugeres les conocemos á los hombres las

intenciones..... y como ademas Zubieta tiene tan lindos ojos..... Pues bien, continuó Lola contestándose á si misma, razon de mas para juzgarlo todo un caballero, pero en fin, si le hubiera yo sido de todo punto indiferente, vaya, ninguna gracia hacia; pero cuando le he sorprendido mas de una vez..... si, lo que es eso, ya lo he conocido hace mucho tiempo; y quién ha de creer que esa era precisamente una de las causas de mi estimacion, porque, eso si, no se puede negar, siempre un caballero se hace querer por su buen comportamiento, y si despues de esto no se recoge mas fruto que el que lo nivelen á uno con los delincuentes, esta es una cosa muy triste, es la mayor de las injusticias: ¿qué garantía tenemos entonces las mugeres honradas, y los hombres que llevan su caballerosidad hasta el grado que Zubieta? porque yo entiendo que no se le puede pedir mas á un hombre, que el que se sacrifique en aras de la amistad, que el que dé tortura á su corazon..... ¡ah! si no fuera eso, ya Zubieta me hubiera hablado de amor, yo se lo conozco, las mugeres conocemos eso á legua, sobre que es nuestra mision; pero muy lejos de eso, Zubieta se ha conformado con que yo sea su buena amiga, y de todo me ha hablado el pobre menos de amor.

Despues de un largo rato de comentarios, Lola exclamó:

—Ahora caigo en cuenta, á Zubieta no le he conocido inquietudes; hace cinco años que le trato y no le he visto inclinado á ninguna muger, el no es un hombre des-

preciable, muy al contrario, para mas de cuatro pollas pudiera ser un buen partido.

—En qué consistió esto?—

Reinó entre marido y muger una extraña y desusada reserva: no se dirijian la palabra y ninguno de los dos se creía obligado á ser el primero en romper el silencio.

—Esta calla, pensaba Don Manuel; buen provecho, no he de ser yo el que la obligue á hablar.

—Está callado, pensaba Lola, mejor que no hable, no he de ser yo la que lo obligue á ponerse comunicativo, al fin yo no le he hecho nada..... no, y en cuanto á aguantarle á mi marido celos necios, buen chasco se lleva, porque para eso tengo mi conciencia muy tranquila.

Pensando así, cada cual por su parte se acostaron.

Lola notó que no dormía Don Manuel.

Don Manuel notó que no dormía Lola.

Lola fingió dormirse.

Don Manuel conoció que Lola estaba fingiendo.

—¡Pérfida! pensó Don Manuel.

—Me cree dormida; pensó Lola.

Y pensando en esto, se durmió deveras.

Don Manuel siguió pensando.

—Después de todo, dijo para sí, es una diablura esto de ser comerciante: hace siete años que abro el cajón á las seis y media, que vengo á comer á las doce, que me salgo á las tres, que vuelvo á las siete y media, que salgo después, que vuelvo á las once y que me duermo en seguida; reasumamos; de las seis y media á las doce, son

cinco horas y media, y de las tres á las siete; cuatro, son nueve horas y media: de las ocho y media á las once, son dos y media, y nueve y media, son doce horas cabales que mi muger ha tenido á su disposición hace siete años; doce horas pasadas cada día bajo la garantía de mi ausencia, precisa é inquebrantable; doce horas de no verme y durante las cuales..... soy un estúpido en no haber pensado en que el comercio y las garantías prácticas de fidelidad conyugal son incompatibles; vamos, los comerciantes no debemos casarnos á menos de nombrar dependiente mayor á nuestra cara mitad, para que lo sea de hecho á todas horas.

Hacer la liquidación de esas doce horas diarias, ó lo que es lo mismo tres años y medio en siete años de matrimonio, hacer la liquidación de esos tres años y medio que he pasado, detrás del al mostrador, mientras que mi muger..... no, y esto no es decir que Lola sea inclinada..... ni que su cariño..... ni que..... ¡ah! eso no; pero vamos al hecho, la ocasión existe, y á mayor abundamiento, á mí nunca me habia ocurrido pensar en ello, hasta los siete años; pues señor, soy el modelo de los maridos prudentes y cómodos; con razón no hemos reñido todavía, ya se vé, bien puede ser ángel durante cinco horas, por tal de ser diablo doce, ya me explico la dulzura de mi muger y sobre todo lo igualita..... siempre lo mismo. «Buenos días Mel,» «buenas noches Mel,» «qué bueno eres Mel,» «¿Estás malito Mel?» «¿Estás riquito Mel?» «Eres muy trabajadorcito Mel.»

Esto durante siete años.

Estas palabritas son el rechinado de una de esas puertas que se abren cada veinticuatro horas; yo conozco puerta que rechina de la misma manera hace siete años, por ejemplo la puerta del cajón; hace siete años que tiene la misma voz; no pasa día por aquellas visagras, no se enmohecen, no se gastan, no se callan, todas las mañanas chillan de un modo y todas las tardes de otro, en la mañana, al abrir, gordo; en la noche, al cerrar, delgado. La puerta del cajón y mi muger son inmortales.

Ahora bien, no nos dejemos llevar de ligeros, analicemos.

¿Lola es, ó no es capaz de una..... atrocidad?

Ella ¡tan buena!.....¿tan buena?

Durante las cinco horas en que me pertenece, es un modelo.

Le quedan doce para ser otro modelo.

Ya lo sabia.

¿Pero cómo lo has de saber, bruto, cuando ni siquiera te has tomado el trabajo de preguntarlo?

Vamos á suponer que averiguo... que averiguo qué?... que ha recibido visitas.

Esto será un indicio, pero no una prueba.

Por otra parte, bien puede haber recibido visitas..... ó mas claro, bien puede haber tenido un pretendiente, bien puede haberlo rechazado, bien puede él haber insistido, bien puede ella haber sucumbido, y á la hora da esta,

bien puede haberse acabado todo y no haber quedado ni el rastro.

Y si tal cosa llevo á averiguar, suponiendo que sea posible, ¿qué hago en seguida?

Despues de todo, no deja de ser ridículo, que ahora vaya yo á emprender una batida retrospectiva y vaya á hojear ese oscuro libro del pasado para tener un desengaño.

—O nó: bien podrá ser para tener una dulce satisfaccion, para convencerme de que tengo la muger mas pura y mas.....

¡Le cuentan á uno tantas cosas!..... yo mismo no estoy limpio de algunos pecadillos de jóven..... yo mismo soy una prueba de que puede haber impunidad..... Cier-to asunto pasó sin que la tierra lo sintiera.

Pues ojos que no ven..... no, no, esto está bueno para decirlo, pero cuando se convierte uno en parte integrante no es lo mismo, la prueba es, que son las dos de la mañana y yo no puedo dormir; y eso que no ha pasado por mí mas que una simple sospecha, ¿pues qué seria sí..... sí ya tuviera datos?

Vamos adelante.

Examinemos á Zubieta.

Zubieta..... Zubieta no es un hombre despreciable, un poco entrado en años, pero no se conserva mal: representa menos edad de la que tiene.

Zubieta es hombre de sociedad.

En fin, como tiene estudios, los estudios hacen al hom-

bre superior y luego..... sí, sí..... ahora caigo. Algunas veces me ha dicho mi muger.

—¿Qué dices que ocurrencias de Zubieta?

Lo que es á mi muger, es un hecho que le gusta platicar con Zubieta.

Y Zubieta tiene muy buena conversacion, se le ocurren muchas cosas, y cuenta sus cuentecitos con gracia... en fin todo puede ser.

El estaba preocupado y se cortó y..... sí, Zubieta tenía algo.....

Esta es cuestion de astucia, de sagacidad, de aplomo.

En hora buena, tendré aplomo, tendré sagacidad, tendré astucia y averiguaré la verdad de los hechos, como si fuera yo un juez de lo criminal.

Si bien mirado, un marido no es otra cosa que un juez de lo criminal, que paga por serlo.

¡Ay, ay; el matrimonio es una cosa.....!

El primer bostezo irremediable cortó la frase, y Don Manuel se colocó con precaucion aceptando la postura que juzgó mas apropiado para quedarse dormido.

Como se vé, aquel buen matrimonio estaba trabajando con la mas buena intencion del mundo en hacerse la guerra; basta allí, como el lector habrá podido notar, no habia nada sustancialmente que valiera la pena, pero probablemente el diablo habia tomado la forma del señor Zubieta para descomponer aquella felicidad.

Contra su costumbre, Zubieta dejó de ir á la tarde siguiente á la casa de Don Manuel; y aunque sabía que

este nunca averiguaba lo que en sus ausencias pasaba en su casa, Zubieta juzgó prudente no presentarse sino hasta el domingo, conforme el programa que habia hecho conocer á su amigo.

Lola estuvo inconsolable la primera tarde y esperó con impaciencia creciente, la segunda pero llegó la noche y Zubieta no vino.

—Lola creyó de buena fé que aquel asunto se complicaba, y que Zubieta hacia muy mal en suspender sus visitas.

—Decididamente Zubieta me compromete con su conducta, exclamó Lola, ¿qué va á creer Manuel?..... se figurará que lo que pasó antes de anoche, no es realmente sino el resultado de alguna connivencia, de una infidelidad, de una, que se yo... pero de todos modos Zubieta es un imprudente, es necesario decirle que no dé á sus acciones un carácter que mi marido tenga derecho á interpretar, y sobre todo, yo estoy en mi legítimo derecho, para cuidar de mi honor. Que Zubieta haga todo lo que le plazca, pero yo por mi parte, no le he autorizado para que me quite el crédito; él tiene el deber, supuesto que es mi amigo, de coadyuvar á mi tranquilidad, y á la de mi marido, quien en estos momentos se está volviendo imprudente y malicioso; y no vaya á ser que una cosa tan inocente y tan sencilla, se convierta... en qué sé yo que... no señor, ante todo mi reputacion..... yo debo cuidar mi reputacion, porque dice el refran: no hagas cosas malas que parezcan buenas, ni cosas buenas que parezcan ma-

las; y eso es precisamente lo que está haciendo Zubieta con la mejor intencion del mundo.

¡Oh! afortunadamente yo soy una muger previsora, á quien nada se le escapa.

Mi marido está seriecito; pero no se ha atrevido á entrar conmigo en explicaciones; yo conozco que me está observando, pero afortunadamente nada puede leer en mi semblante, ni puede tampoco deducir nada desfavorable en mis acciones.

Lo único que puede llamarle la atencion, es la ausencia de Zubieta, porque aunque nunca lo pregunta, yo estoy cierta de que mi marido ha indagado ya, y tal vez con este motivo, que Zubieta viene todos los dias, y al notar que despues de lo de la otra noche desaparece, puede atar cabitos y encontrar, en una apariencia, algun fundamento para dudar de mi sinceridad y de mi buena fé..... En tal virtud, para prevenir cualquier accidente, voy á decirle á Zubieta..... Pero es el caso que ¿dónde lo veo? le mandaré un recado..... no; le escribiré un papelito.....

CAPITULO V.

LA DILIGENCIA DEL INTERIOR.



eso de las cinco de una tarde del mes de Mayo, estaban en el patio del Hotel de Iturbide varias personas, esperando la llegada de la diligencia del interior.

Algunos cocheros se habian apostado con sus respectivos vehiculos, tanto en el callejon de Dolores á cierta distancia de la casa de diligencias, como en la calle de San Francisco, cerca del Hotel de Iturbide.

Mas de quince cargadores estaban en acecho, esperan-

do el momento de conducir de la diligencia á los coches, las balijas de los pasajeros; y una multitud de muchachos diseminados aquí y allá, esperando también la ocasión de prestar sus servicios.

Todo pasajero, solo por el hecho de serlo, lleva en sus maletas, sin poderlo remediar, un cartel que anuncia sus recursos extraordinarios.

Siempre se supone á un viajero en la posibilidad de dar propinas, se le creó rico y en circunstancias escepcionales.

Una persona puede ser todo lo mas económica posible, en todas las circunstancias de la vida, escepto cuando viaja.

No parece sino que la movilidad es patrimonio exclusivo de los ricos, y por lo menos en México, no se viaja sino en casos extremos y por absoluta necesidad.

Muchas veces un viaje es una bancarrota, una calamidad en una familia; un viaje consume los ahorros de muchos años ó determina una verdadera crisis monetaria en personas de medianos recursos.

En México, puede asegurarse que cada uno de los nueve ó doce pasajeros que ocupan los asientos de la diligencia, tienen entre manos uno de los asuntos mas graves de su vida, que está en circunstancias verdaderamente escepcionales, y tal vez está haciendo un penoso sacrificio ó está entrando en un cambio radical de posición.

Es necesario este conjunto de circunstancias, para que las líneas de transporte puedan sostenerse.

Entre nosotros, es desconocido el viaje por placer, á no ser á Taubaya, y mucho mas el viaje por economía, á no ser también á Tacubaya.

El viajero, pobre ó rico, está obligado á sostener todo género de especulaciones ventajosas y hasta arbitrarias, como la tarifa de pasajes, los almuerzos de á peso, los desayunos de á dos pesos, los cuartos de meson, de á peso y por añadidura las propinas á los oficiosos, y las limosnas á un cordón de pordioseros miserables que de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad se encuentra irremisiblemente, sea cual fuere la vía que se siga.

A todos estos gastos fijos; hay que agregar otro que hace tiempo ha pasado de la categoría de imprevisto, á la condición de indispensable:

Los ladrones. Procedente de Querétaro, venia en el camino el coche número 109, ó sea uno de esos vehículos colorados, que son los monitores de la carrocería, contruidos espresamente en las mejores fábricas de los Estados-Unidos, para probar que las convinciones de la mecánica, pueden burlarse, por algun tiempo al menos, de las inverosímiles sinuosidades con que plugo á la madre naturaleza engalanar este privilegiado país.

Sin una apremiante necesidad, sin un subsidio extraordinario y las mas veces oneroso para el viajero, y sin uno de esos cajones de fierro con uno que otro palo por encima, seria de todo punto imposible la comunicacion en coche, de una capital á otra de la república.

Este punto y el de los ladrones es casi siempre la materia predilecta de conversacion entre los viajeros; y esta era en la ocasion á que nos referimos, la que sostenian les mártires del coche número 109 de que vamos hablando.

Ocupaba un asiento de testera, un señor de Buenos Aires, á quien daban el nombre de Don Salvador, Este pasajero venia muy triste, porque, segun habia hablado con un compañero, dejaba en Querétaro un amor romántico, y volvía á México para embarcarse despues en Veracruz y regresar á su país natal.

Venian ademas tres españoles; uno negociante, otro casado con una mexicana rica, y otro dependiente mayor, que viajaba por cuenta de su principal.

Otro asiento lo ocupaba un clérigo que viajaba por cuenta de la mitra eclesiástica.

Venia tambien la muger de un militar internado en la campaña; esta señora regresaba á México, persuadida de que era imposible seguir á su marido, y finalmente ocupaban los dos últimos asientos, un viejecito enjuto y envuelto en una capa española, que traía á su hijo, un niño como de once años y de una fisonomía interesante y viva.

Aquel viejecito se llamaba Don Santiago, y el objeto de su viaje, era proporcionar en México á su hijo Gabriel una esmerada educacion.

Para lograr este fin, habia tenido que pasar ya por mil dificultades y tropiezos, de los cuales habia triunfado

milagrosamente y no obstante, podia leerse en la fisonomía de Don Santiago un constante sobresalto, pues de todos los pasajeros era el que parecia mas preocupado por la idea del peligro.

—¿Qué dice usted paisano? le dijo un español al otro, nos saldrán los *compadres*?

—No, qué van á salir!

—¿En qué se funda usted?

—En que ayer robaron.

—Eso es, pues dicen que no hay camino mas seguro que el que acaban de robar.

—Ademas, yo traigo armas, dijo el tercer español.

—Ríanse ustedes de las armas.

—No tanto, paisano.

—Por aquí suelen salir hasta veinte hombres.

—Tengo para los veinte: traigo pistolas de Lefouchet y rifle de á 18.

Mientras los españoles se ocupaban de dilucidar la cuestion de defensa, haciendo un ruido formidable, la señora y el padre rezaban, el viejecito y su hijo no perdian una palabra, y el de Buenos Aires permanecia callado y al parecer indiferente á cuanto lo rodeaba.

—¿Usted qué piensa hacer Don Salvador? le preguntó uno de los españoles.

—¿Para qué?

—¿Si salen los ladrones?.....

—Es que estamos pensando en defendernos.

—No pienso yo tomarme esa molestia, he jurado no volver á hacer fuego contra nadie.

Esto lo dijo Salvador con un acento tan misterioso, que los españoles no pudieron menos que fijar la atencion.

—¡Cómo! exclamó uno de ellos, ¿yo sé que es usted un tirador de primera fuerza; y tomando usted parte en la defensa, estoy bien seguro del resultado.

—A pesar de eso, repitió Salvador, no me batiré.

No bien acababa Salvador de pronunciar estas palabras, cuando el conductor de la diligencia, dió un toquecito particular en el pescante y en seguida dijo:

—¡Ahí están!

La palidez se apoderó de todos los semblantes.

Se habia parado la diligencia.

No tardaron en aparecer por las portezuelas dos bandidos.

El golpe estaba dado, el español del rifle y las pistolas, no se acordó mas de sus armas, y todos los pasajeros bajaron del carruaje, poniéndose á disposicion de los ladrones, quienes los fueron despojando de cuanto llevaban.

En la casa de diligencias tenian todos ya la conviccion de lo que habia pasado, á juzgar por el retardo del carruaje.

En efecto, despues de la siete de la noche, llegó la diligencia de Arroyozarco, totalmente desbalijada.

—¿No hubo desgracias? le preguntaron al cochero.

—No, señor: no mas nos salieron.

—¿Y los robaron?

—Pues nó.

—¿Y los maltrataron?

—No.

—Del mal, el menos; dijeron en la administracion.

Y cada uno de los pasajeros en el centro del grupo que le formaban sus amigos, daba los pormenores del asalto y contaba las peripecias del robo.

El viejecito de la capa y su hijo, se dejaron conducir por un oficioso cochero, al hotel del Turco.

CAPITULO VI.

EN EL HOTEL Y EN EL COLEGIO.



la mañana siguiente, aquel viejecito, envuelto en su capa española, y sentado frente á su hijo, hablaba de este modo.

—Al fin he visto realizadas mis esperanzas: ya estamos en México; pero despues de una larga série de acontecimientos desgraciados, tal vez todos mis esfuerzos sean estériles.

—¿Por qué, padre? le preguntó el niño.

—Ya lo sabes; he perdido ya cuanto tenía; este último golpe ha acabado con mi escasa fortuna.

—¿Pero acaso se necesita dinero en México, para recibir una buena educación?

—No; afortunadamente ya no es así, según me han informado.

—Hoy los pobres, agregó el niño, pueden recibir gratuitamente una instrucción como la de los ricos, además que si á usted se le llega á agotar lo poco que le ha quedado, yo trabajaré y no nos faltará nada.

Estas palabras las pronunció el niño con un acento tal de convicción, que dibujaron en la fisonomía del anciano un gesto de bienestar y de contento.

—¿Y en qué trabajarás Gabriel? le preguntó cariñosamente á su hijo.

—En un oficio, contestó Gabriel con cierto aire pedante, tengo muy buenas fuerzas; como que es lo único que saqué de los acróbatas con quienes viví.

—Quiera Dios, exclamó el anciano, que persistas en esa idea, ya no solo por el deseo que tienes de auxiliarme supuesto que ya yo no puedo trabajar, sino porque los obreros, hijo mio, valen mucho.

—¿Por qué papá?

—Porque son hombres libres.

—¿Pues qué los demás hombres no lo son?

—Desgraciadamente hay una tendencia fatal en el hombre á la veneración: no parece sino que cada hombre no llega nunca á creer que puede bastarse á sí mismo y

empieza por forjarse ídolos y dioses, que sean intermediarios entre su insuficiencia personal, y la gran superioridad que llamamos Dios: esta tendencia, que es común á todos los hombres, ha engendrado las religiones, los cultos y la oligarquía; y los hombres se conforman fácilmente con su poco valer; siempre que encuentren una superioridad que los proteja: en el cambio de esta protección, caben todas las humillaciones y todos los errores; pero tan luego como el hombre productor se constituye en elemento indispensable en la marcha de la sociedad, cooperando con su industria ó con su trabajo mecánico al movimiento de la riqueza pública, se independe de ominosas superioridades y rechaza instintivamente todo tráfico de servicios innobles y toda coacción por parte de los protectores.

El artesano honrado, hijo mio, es el tipo del ciudadano, concebido por la democracia y por el progreso.

—¡Yo seré artesano! exclamó Gabriel con entusiasmo.

—Sí, pero serás el artesano instruido; porque yo no quiero que seas una de tantas máquinas humanas que á fuer de ignorantes, se convierten en las mulas del adelanto de la sociedad; yo quiero que seas un productor instruido, capaz de enaltecer el oficio á que te dediques; quiero que seas instruido, no para que tu saber sea explotado por los políticos, por los tribunos ambiciosos, ni por los especuladores; yo quiero que te instruyas, para que te enaltescas á tus propios ojos; para que no te haga callar el primer pedante que te hable, y para que con

tu mandil ceñido, entres con la frente erguida á las filas de la única aristocr cia posible, que es la del saber.

No quiero que seas uno de nuestros hombres públicos, ni alguno de esos muchos audaces, que, asaltando puestos y medrando á costa de su dignidad y de su honra, se apoderan de las situaciones y de los empleos,   despecho de la risa de los hombres sensatos   independientes.

—¿No es bueno ser empleado, papá?

—Hay en este país, hijo mio, una enfermedad endémica que se llama empleoman a.

—¿Y qué enfermedad es esa?

—Es un conjunto de necesidades que satisfacer, unido   una carencia absoluta de medios para satisfacerlas; tal es esa enfermedad funesta, que ha llegado   desquiciar la hacienda pública y ha dado pábulo   las revoluciones y   los motines.

—¿En cambio los empleados acabarán por ser muy ricos, puesto que logran menoscabar la hacienda pública?

—Son raros los que se enriquecen, á pesar de esa observacion, pues por lo general estos enfermos mueren de consuncion y de raquitis.

—¿Por qué papá?

—Porque el gobierno siempre les paga mal.

—¿Y la esperiencia los retrae?

—No, pero quiero que mi esperiencia te retraiga   t .

—Lo obedecer  á usted en todo, no será empleado.

—¿Y los políticos, papá? es bueno ese empleo?

—Ese no es un empleo.

—¿Es una industria?

—S : hijo mio, has acertado; pero es una industria peligrosa y en la que se necesita dejar algunos jirones de conciencia.

—¿Por qué?

—Porque se hace   veces necesario sacrificar   las personas que se aman, perjudicar á quien no lo merece, y hablar generalmente lo contrario de lo que se piensa.

—¿Y así es como se llega á ser presidente?

—Y así es como se llega tambien al patíbulo.

—Tampoco quiero ser político, no llegar  á conocer eso ni por el forro.

—No tanto:   su tiempo te ense ar  lo que un buen ciudadano debe saber en estas materias: aprenderás lo necesario para hacerte respetar y para no ser juguete de los políticos.

—Dios le ha de conservar á usted la vida, para que logre usted todo lo que desea, y sobre todo, para verme capaz de pagarle á usted todo lo que le debo.

El anciano acarició la cabeza del niño y lo contempl  por largo tiempo.

Gabriel le bes  la mano á su padre.

Esta conversacion fué interrumpida por la voz de un criado, que preguntó, entreabriendo la puerta.

—¿Qué nombre se escribe en la tabla?

—¿En qué tabla? preguntó el anciano?

—En la del hotel: está mandado por la autoridad, que

todos los pasajeros digan su nombre, de donde vienen, y á qué.

—¿Eso está mandado?

—Puede usted verlo en el reglamento: ahí está.

Y el criado señaló un carton que estaba colgado en una de las paredes del cuarto.

Gabriel descolgó aquel carton y lo presentó á su padre.

—Puede usted escribir, dijo este, luego que hubo recorrido con la vista el reglamento, puede usted escribir en la tabla ó en el registro, Santiago Franco y su hijo Gabriel, procedentes de Querétaro.

—Y á qué vienen? preguntó el criado.

—A asuntos propios, dijo Don Santiago, supuesto que esta es una contestacion con la que la policía tiene la amabilidad de conformarse.

—El criado tambien se dió por satisfecho y se alejó repitiendo el nombre de Santiago Franco para inscribirlo en el registro.

Poco despues salió Don Santiago á la calle, y como era hombre tenaz en sus asuntos, creyó que lo que debia ocuparlo de preferencia, era la educacion de Gabriel, de manera que se dirigió en derecha á un establecimiento de educacion.

El primero que encontró, tenia todas las ventajas de situacion, amplitud, comodidad, y sobre todo, un aparato que no habia mas que pedir.

—Subió lentamente las escaleras, y despues de un lar-

go rato que necesitó para tomar aliento, avanzó por un corredor, hasta llegar á la puerta de un gabinete.

Apenas se acercó, algunos niños se levantaron de sus asientos, y de entre el grupo de los que se habian levantado, se desprendió uno, dirigiéndose á Don Santiago.

—Busca usted al director?

—Sí, jovencito: si usted tiene la bondad de.....

El niño con una vivacidad cómica, se internó en las piezas contiguas, dejando parado á Don Santiago.

Despues de no cortos instantes, se presentó un señor vestido de negro, y que traia puesta una gorra griega de terciopelo carmesí, bordada de oro.

Era el señor director; traia un libro en las manos, y los anteojos calados.

Vió sobre estos á Don Santiago y le dijo:

—Muy buenos dias, caballero; si usted tuviera la bondad, pasaríamos á la sala de recibir.....

—Como usted gaste.

—Pase usted por aquí.

Y el director hizo entrar á Don Santiago á la pieza inmediata, donde á la sazón estudiaban mas de cincuenta alumnos, quienes al ver al director acompañado de una persona extraña, se pusieron de pié y guardaron silencio.

—Siéntense ustedes niños, tengan la bondad de no molestarse, dijo Don Santiago acompañando sus palabras con un ademán, como para comprender en sus atenciones á todos los niños.

En seguida el director abrió una puertecita y se pre-

sentó á la vista de Don Santiago, una pieza como de cinco varas, que era probablemente á la que el director llamaba su sala de recibir.

En efecto habia allí un confidente, dos sillones, dos estantes con libros, cuatro esferas, y algunos planos y dibujos que ornaban las paredes.

—Cuando Don Santiago y el director hubieron tomado asiento, el director preguntó.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?

—Tengo un hijo, dijo Don Santiago.

—Ya lo habia adivinado, dijo el director, queriendo dar está primera prueba de su penetracion, y luego continuó para acortarle el camino á su interlocutor.

—Y usted desea que ese hijo se eduque. ¡Oh! muy bien pensado señor, muy bien pensado. ¿Y su edad?

—Tiene once años.

—¡Ah! Y ya sabe por supuesto.....

—Poseo conocimientos primarios imperfectamente.

—Ah, pues eso no está bueno, señor mio; eso no está bueno, porque la educacion primaria, es, como si dijéramos, la base de los conocimientos posteriores, son los cimientos, sí señor; y para construir un edificio sólido y que preste garantías de duracion, es necesario que los cimientos sean perfectos.

—Efectivamente, interrumpió Don Santiago.

—Pues aquí me tiene usted á sus órdenes caballero, mi establecimiento está montado por el sistema moderno, tengo un cuadro de profesores selecto, lo mejor de México.

—¿Y qué ramos..... iba á preguntar Don Santiago.

—¡Ah! señor mio, todos, absolutamente todos, desde las primeras letras, hasta los estudios preparatorios. Vea usted el plan de estudios y los reglamentos del colegio. ¡Oh! este es un plan bastísimo y que ha costado mucho trabajo convinar.

—¿Y tiene usted muchos alumnos?

—Con decirle á usted que ya no tengo casa... esto y en esta tribulacion; ya es cosa que se necesitaria un local tres veces mayor que este; pase usted señor, pase usted, me hará usted el honor de visitar el establecimiento.

Al decir esto el director, se levantó de su asiento y le flotó en el carrillo izquierdo, á manera de un cohete de luz, la inmensa borla de oro de su gorra griega.

Don Santiago parpadeó como si hubiera visto un relámpago, vaciló un momento, y una vez repuesto de su deslumbramiento, siguió al director.

Era este, segun habrá podido notar el lector, una persona muy amable y de muy bellas cualidades.

Hizo recorrer á Don Santiago todos los departamentos, las clases, los dormitorios de los internos, el gimnasio, el baño, el comedor y el calabozo, y Don Santiago quedó sumamente complacido.

Al regresar á la sala de recibir, Don Santiago hubiera querido aplazar su resolucio; pero el director era tan amable, habia hablado tanto y habia logrado probar á Don Santiago de una manera tan clara que aquel era el mejor establecimiento de la república, que quedó defini-

tivamente resuelto que al siguiente día concurriría Gabriel al colegio, para no salir de allí sino convertido en un verdadero sabio.

El precio era proporcionado á la bondad del establecimiento, pero Don Santiago que aun tenia un resto de su fortuna, no vaciló en comprometerse á pagar las mensualidades.

CAPITULO VII.

EL PAPELITO DE LOLA.

ES justo que nos volvamos á ocupar de Lola, de Zubieta y por consecuencia de Don Manuel.

Lola, segun lo habia resuelto, le escribió á Zubieta lo siguiente.

Señor Don Pepe Zubieta.

Casa de V. etc.

Muy señor mio:

Tomo la pluma, solo para suplicar á usted que no de-